

—Es horrible. No quiero casarme porque me lo imponen.

—¿Quién?

—La familia.

—¿El padre?

—El hermano menor: tiene un hermano furibundo. Casamadera, fotógrafo sin crisis de alma, le aconsejó:

—Prueba a hacerle callar dejándole una corbata. No hay hermanito que resista a la seducción de una corbata.

—No es un hermanito. Es un hombre. Y no lleva corbatas, porque es militar.

—¡Las más bellas piernas del teatro italiano!— iluminó Piti, al entrar Enma San Florencio, brillante y perfumada como una noche de Junio.

Sus dos acompañantes le quitaron la capa, y se sentaron a ambos lados de ella, contestando respetuosamente a los saludos. La brigada de Mauro se puso alrededor de la actriz, que con solemnidad episcopal corregida por una picardía de *soubrette* (1), entregó el dorso de su mano a media docena de bocas. Con Mauro no quedaron más que dos.

—Continúa.

—Hoy la acompañé hasta su casa, y me volví a la mía. ¿Me oyes?

—Sigue, sigue.

—En la puerta me encuentro con un hombre como de cincuenta años.

—El padre.

—Con un subteniente.

—Veterinario.

—Justo: el hermano. Saludos fríos. Presentaciones bajo cero. Les hago entrar y les ofrezco dos sillas. «Usted ha deshonrado a mi hermana», exagera el oficial. «Usted ha comprometido a mi hija», atenúa el padre. «Un momento», digo yo. «Hace falta una

(1) Confidante que acompaña en el teatro a la dama.

reparación», insiste el hermano con una voz de silbido constipado. El burgués me hipnotiza; el guerrero me fulmina. «Reparación» impone el uno, estilo telegráfico. «Re-pa-ra-ción», silabea el otro como para meterme la palabra en el cráneo. El hermano tiene la cara de esos mastines de leyenda que echan llamas por la nariz. «¿Qué decide?» precipita el padre. «No tiene que decidir él», rebate el militar. «Mi hija está deshonrada», sentencia el padre. «¡*Traviata!*» (1), proclama el hijo, que no ha llegado todavía a la música de Debussy. «Oigan, señores,—digo yo aprovechando una pausa,—si hablan siempre ustedes, y nada más que ustedes, quisiera saber por qué han venido a tener esta conversación en mi casa». El progenitor, como si yo no hubiese abierto la boca, lanza un ultimatum: «Veinticuatro horas de tiempo para reflexionar». Y el hijo se lleva un puño a la funda de la pistola, y exclama: «Cumpla con su deber, o le meto dos cargadores en el estómago. Dos cargadores de siete balas cada uno».

—Que son catorce. No debe tener el pulso muy seguro ese subteniente carnicero.

—Y mientras salgo para cerrar la puerta, me repite: «Dos cargadores; pistola Mauser».

—La pistola del Parto.

*
* *

En la otra parte del café cascabeleaban las risas de la parisinísima artista de variedades, mientras el músico Ripp, cara de eminencia gris, le cantaba a media voz el estribillo de su última composición «La foca muerta de tedio».

El rubicundo Manuel Sella, poeta y economista, escuchaba un proyecto de Calandrino, para hacer

(1) Pericla.

dinero. Calandrino es el último de los *bohémios*; pintoresco y desgarbado, tiene cosas de *clown* musical, de místico en busca de un convento que lo acoja, o de prófugo de un presidio de Polonia o de una cárcel siberiana, o de un relato extraordinario de Edgard Poe. Mirada ascética y dulce, como la de ciertos locos políticos: ropa descolorida por el sol y el agua; traje siempre de moda, porque no lo ha sido nunca.

—Quisiera abrir—explicábale él—una tienda de ideas, un kiosko de madera, con una puertecita, una tabla como de mesa, una lámpara, un samowar siempre tibio. Tienda de ideas. Por cincuenta liras se vende una idea a un pintor para un boceto, a un cuentista para un cuento, a un chocolatero para una propaganda, a un novelista para un título, a una mujer para reconquistar el marido, a un marido para desembarazarse de su mujer.

—Véndeme una idea para desembarazarme de un hermano.

—No tengo abierta todavía mi tienda—contestó, serio, el humorista. Y añadió:—Pero con esta industria no iba a hacerme millonario. Tengo ideada otra cosa: preparar una medicina en cantidades fantásticas; difundirla por todo el mundo, con la más estrepitosa *réclame*; cuando todos los farmacéuticos, hasta de los más ínfimos pueblecillos y los más remotos países la hayan adquirido, lanzar la primera onda de bacilos de una enfermedad que pueda ser curada sólo por aquel medicamento. Los farmacéuticos, hasta ahora, han cometido la barbaridad de lanzar los medicamentos en vez de lanzar las enfermedades: la fiebre española fué mal lanzada...

—¿Vamos? ¿Sabéis qué hora es? Las cuatro.

—¿La hora? ¿Qué importa la hora?—repuso Paschetta.—¿Por la estúpida circunstancia de que las manillas del reloj se junten en un punto determinado de la esfera y no en otro, tengo que interrumpir yo mi sueño, mi amor, mi conversación?

—El camarero nos echa.

—Cuando te cases, pasaré las noches en tu casa. Así me sustraeré a la ferocidad del camarero.

—¿No tiene otra ventaja el matrimonio?

Passoni respondió:

—Para nosotros, contrabandistas del tan cacareado placer, habituales de la aventura extemporánea, el matrimonio no representa más que la posibilidad de quitarse los zapatos para entregarse al amor. Día llegará, sin embargo, en que ni esta utilidad le reconoceremos siquiera: y entonces me cerraré en casa, con una buena provisión de tabaco, y una pianola.

—El pediluvio de la armonía—dijo Piti.

—En cuanto tenga diez mil liras me la compro.

—Cuesta mucho menos casarse con una profesora de piano—objetó alguien.

—Pero la profesora de piano se casa para no tocar.

*
* *

Si este libro hubiese sido escrito hace cuarenta años, o por un querido colega que escriba retrospectivamente, como hace cuarenta años (de esos que tienen por divisa *reedificar*) no se hubiera cometido un lapsus en que acabo de reparar.

Las últimas páginas que se desarrollan en el café nocturno no ocupan dos horas, sino la misma hora en noches distintas.

La brigada de Mauro salió, se disolvió y veinticuatro horas después se recompuso para volver al café. Los diálogos fueron repetidos, y la noche sucesiva fué igual a la anterior: los mismos tipos, las mismas bebidas, los mismos discursos, al cerrar, condenando la noción del tiempo.

Entre una noche y otra tuvo lugar el encuentro de Mauro con el veterinario y su padre, explicado por el vil seductor a sus amigos con las más minuciosas particularidades. La discusión con el ve-

terinario explica por qué Mauro, después de haberlo considerado como un científico puro, lo calificase luego de estúpido y feroz, igual que esos perros de leyenda, que sufren de inflamaciones en la nariz.

*
* *

—Resumiendo, ¿se puede saber por qué quieren obligarte a casar?

—Porque ha sido mi amante.

—¿Y eso es bastante? Haber tenido una mujer y ser obligado a casarse con ella, es como haber robado una bocina de automóvil y ser obligado a comprar toda la máquina. Ofrece pagar la bocina, y en paz.

—Yo no pago nada.

—Pues acabarás casándote.

—No me casaré.

—Me juego los bigotes a que te casas.

—Si no tienes bigotes.

—Me juego mi palabra.

—Pero ¿la amas?

—Le tengo un amor ideal.

El poeta Manuel Sella, que saliendo se abrochaba el gabán de barítono, se detuvo a estrechar una mano, y dijo:

—El ideal es como la dieta vegetariana: tiene necesidad de un correctivo de carne: tened un bello espíritu escéptico; en el fondo de vuestra prisión de humorismo contemplad a través de los barrotes un pedazo de cielo. No os avergoncéis de estar enamorados: enamorados hasta el absurdo; hasta el cretinismo; ¿cuándo pudo nunca un hombre inteligente permitirse el lujo de ser cretino, sino cuando estuvo enamorado?

Mauro sonrió al poeta, y se recostó en el diván con un abandono de Cristo descendido. Las emociones del día habíanle producido un agotamiento que ahora le inducía al sueño. No se durmió, pero

quedó en ese estado de sopor que abstrae parcialmente a la persona, y que permite sentir y no sentir: somnolencia blanda, que iguala las voces, desdibuja los personajes, y confunde el ambiente en una onda de resplandor y vaporosidad.

Llegaron a él frases indistintas:

—Seremos un gran pueblo cuando nos acordemos de que somos una pequeña nación.

Otro respondía:

—La política no se hace con palabras altisonantes, sino con listines de bolsa.

Y sobre todos, flotaba la voz del teósofo Pavia, explotador de los más intrincados laberintos filosóficos:

—Antes de entrar en el presidio de la sociedad, el hombre sufre prisión en la cárcel preventiva de la familia.

Mauro se dormía: oyó el tintineo de monedas sobre el mármol, un timbre de teléfono, el zumbido de un insecto. Y voces, voces confusas, rumores de vasos que chocaban, de cerillas que se encendían, cascabeleo de fisas de mujeres que salían y de mujeres que entraban.

—Los celos del pasado no son otra cosa que el temor de adquirir la sífilis—decía Paschetta.

—Los microbios, antes de manifestar su virulencia—explicaba Piti—se quedan inertes durante seis horas, para ofrecer a las pecadoras provincianas que vienen a distraer a la ciudad el tiempo de volver a su país a desinfectarse.

Mauro, durmiendo con los ojos semicerrados, pensó:

—Debe de ser tarde, puesto que se habla ya de enfermedades venéreas.

Percibió claramente que más allá Simonetti discutía de estética con San Florencio.

—El secreto de la belleza consiste en acentuar el tipo propio, no en alterarlo. ¿Es morena? Se hace negra. ¿Rubia? Pues más clara. Pero es un error, en una morena, oxigenarse el pelo. Yo crearé

un día un instituto de belleza, en el que entrando con la cara de Felipe Turato se salga con la de la actriz Tatiana Pawlowa.

Mauro, medio caído de un lado, se dormía y despertaba de improviso, por la pérdida del centro de gravedad. Aquellas conversaciones no le interesaban, porque no se hablaba de amor.

—La mujer finge que es escogida, cuando, por el contrario, es ella la que escoge al hombre—analizaba Paschetta.—Pone al hombre en condición de tirarse a fondo. Cuando un hombre le gusta, le da a entender que si pide tendrá. Da la ilusión de ser elegida, pero es ella la que elige. Hace como esos prestidigitadores que te dan la ilusión de coger la carta que tú quieres, mientras, por el contrario, coges tú la carta que ellos te ponen en la mano.

Se hablaba nuevamente de amor. Mauro se desveló.

Casamadera, fotógrafo antimetafísico, explicaba con argumentos económicos el amor eterno:

—La mujer queda hipotecada por un hombre cuando ya le ha sacrificado parte de sí misma, o de su tiempo. Para no perder el capital, echa fuera otra suma; para no perder los diez minutos que lleva esperándole en una esquina, espera media hora más; quien ha perdido cien liras juega mil para recuperarlas; y pierde las mil; la mujer se le adhiere a uno para toda la vida, para no perder los tres primeros meses de amor.

El cogitabundo abogado Passoni desangraba un frasco de larguísimo cuello espiritual de virgen pre-rafaelista, riéndose malignamente de esos pseudo-alegres que mezclan tintas trascendentales de alcohol.

—¿En qué piensas?

—Pienso—masticó el térreo Passoni—que hacer el *viveur* en Turín es como sufrir la enfermedad del mar en el lago de Avellana.

Entró un célebre *iettatore*.

Inquietud general. Alguicn dejó de inquietarse.

—Haces mal—le amonestó Manuel Sella, el poeta

rubio—no creyendo en la iettatura, ni en los anillos maléficos, ni en los amuletos. Porque allí donde para los extraños no hay nada, hay para los creyentes de estas cosas un respiradero.

Pero ¿cómo? ¿El rubio poeta no había salido abrochándose sobre el vientre vegetariano el gabán de barítono?

Pues bien, ha vuelto a entrar, porque han transcurrido veinticuatro horas.

*
* *

Durante estas veinticuatro horas había muerto un pez rojo, y sus compañeros, alrededor de su cuerpo rígido y flotante, describían fúnebres evoluciones.

Mauro no había visto a Mélitta, pero tuvo un nuevo encuentro con el hermano, y después de consultar a los más íntimos amigos, había vuelto al café.

El café.

Lucio escuchaba pacientemente las amarguras del condenado al matrimonio, a través del monóculo (el ojo en hielo, como decía el pintor Carlos), y pensaba distraído en sus cosas.

Cuando los amigos nos cuentan sus desventuras es el momento mejor para reflexionar sobre nuestros asuntos: nosotros resolvemos de memoria las multiplicaciones de nuestra contabilidad de calderilla, y el amigo ha sentido alivio en su corazón al abrirlo de par en par.

Mauro decía:

—Si yo no he hecho nada por conquistar a esa muchacha. Si se me ha entregado ella como...

—Suprime las comparaciones—interrumpió Piti, literato antirretórico.

—Yo no la quería. Me interesaba un poco nada más. Me fascinaba por su inocencia.

—La inocencia...—sentenció Paschetta.

—Ahórrate los aforismos—rogó Piti.

—La tenía como una hermana. Y como a una hermana la amaba.

—Para darle sabor de incesto a tu amor.

—Una hermana con la que hablaba de cosas inocentes; ella me contaba que le apretaban los zapatos; yo le hablaba de mi dolor de cabeza, creyendo que en nuestros diálogos no podíamos ir más allá. Me enseñó a tomar los huevos como las ostras. Os aseguro que entre mi amante de antes, la mujer de los nervios perpetuamente sacudidos, que me hacía vivir en una atmósfera de asfixia, y la niña que me enseñaba a beber los huevos como las ostras, ésta representaba un oasis en el...

—En el Sahara. Adelante.

—Economiza los paisajes.

—Aquel movimiento continuo que la otra había impreso a nuestro amor, hizome desear un amor inerte, estático, inmóvil. La niña era la paz.

—Lo sabemos: nos lo has dicho ya.

—Pero Pascheta no lo sabe aún.

—¡Dichoso él! Se lo figura.

—Habíamos pasado unos días deliciosos, divinos, edénicos, paradisiacos. No sabría encontrar adjetivo adecuado.

—Ni te canses buscándolo.

—¡En un pequeño albergue de las altas montañas, donde ha sido mía!

—¿Sin preámbulos?

—Sin las pequeñeces preliminares, sin la falsa alarma del pudor, que es como una falaz excitación.

—Prescinde de análisis.

—Pero en su entrega puso tanta honestidad, que me dijo allí mismo: «Cualquier cosa que me suceda, tú no lo sabrás nunca.»

—Siempre dicen eso.

—Golpe matrimonial a larga fecha.

—No comprendo cómo pudo tener intenciones matrimoniales aquella muchacha que deshojaba a cada

paso los folletos de las sociedades de viajes y turismo y de las compañías de navegación, y que después de tres meses de estancia en una nación sentía la necesidad de pasar la frontera.

—Conozco esa clase de vagabundas. En cada aduana creen depositar su pasado.

—No tenía pasado que purificar. En el era yo el primero.

Los tres que escuchaban se miraron alternativa y recíprocamente, pero nadie puso objeción ninguna.

—¿No lo creéis?

—Todo es posible.

El abogado que escuchaba sin intervenir, esbozó ese comentario sarcástico a boca cerrada, que consiste en ahuecar y arrugar la nariz, tocó después con el codo a Piti y señaló a Mauro:

—¡Cómo se llega a cornudo sin necesidad de maestro!

«La inherrable», casi bella en la luz velada por las pantallas, entró. *Incessu patuit dea*: frase latina que, en ciertas horas de la noche, pone en su sitio al espíritu; equivale a decir «tómese un poco de caldo.»

La «Inherrable» entró con paso hierático, acompañada de un caballero esmaltado que la ayudó a quitarse el abrigo de reflejos llameantes. De su desnuda garganta le caía sobre el pecho infecundo una larga cadena de platino con una cruz de oro. «La inherrable», con su fama de no haber sido poseída, representa el más repugnante tipo de prostitución. Hay quien habla de una deformación anatómica y quien dice de una psicosis sexual. Pero no se sabe cómo vive y cuál es, junto a los hombres, su forma de actividad profesional.

El fotógrafo antimetafísico la reconoció:

—Es una de esas estudiantes rusas (¿no le ves las facciones europeo-asiáticas?) que hace doce años venían a Italia a predicar el amor libre y a casarse